Caminos de acero

Por Orwell

¿Por qué corría? ¿Acaso llegaría el tren más rápido si bajaba los peldaños de dos en dos? “No, obviamente”, pensó. Las personas apresuradas parecen tener siempre poco tiempo para todo, pero lo cierto es que, en su esfuerzo por hacer que el mundo vaya un poco más rápido, acaban acelerándose ellas mismas.

Jose tenía otro tipo de prisa aquel día. La prisa de los que no se dirigen hacia un lugar, sino hacia una persona. La prisa de las mariposas en el estómago y las sonrisas sin motivo. La prisa de los que buscan un rostro amable al final del camino.

Se sentó en el sitio de siempre, junto a la puerta del vagón, con la cabeza apoyada en la ventana. No estaba escuchando música, pero una canción sonaba en su cabeza: The Passenger. Se descubrió a sí mismo cantando en el reflejo del cristal. Sonrió. *And everything looks good tonight...*

Aquella tarde todo parecía diferente, aunque nada había cambiado. El mismo vagón, la misma gente. La chica de las deportivas rosas que nunca se sentaba se bajó en El Prado, como siempre. El hombre de la barba blanca trataba de explicar a sus nietos -sin éxito- por qué no debían comer tantas chucherías. Aquella tarde hasta el Puente de Hierro parecía más verde y blanco que de costumbre.

Miró el reflejo del sol en el río a través de los cristales y se preguntó: ¿Y si lo que verdaderamente había cambiado fuera él mismo? En apariencia seguía siendo aquel chico de veintipocos, con carrera y sin trabajo... pero con un rumbo. El mismo que marcaba el tren.

Jose cerró los ojos e imaginó a su abuelo sentado justo a su lado, en ese mismo vagón. “Piensa en la vida como un viaje, con sus etapas buenas y malas. Al final, lo que cuenta es seguir adelante. Porque la vida no se detiene, se abre paso por caminos de acero, como los de este tren”.

Fue entonces cuando empezó a medir el tiempo en momentos. Su mayor descubrimiento le llevó a darse cuenta de que detrás de cada segundo hay una persona.

Su momento llegaba en la próxima parada. Tenía el pelo castaño claro y los ojos oscuros. Ella lo esperaría en las escaleras, siempre un peldaño por encima para salvar la altura. Alegre, sonriente y eléctrica, como el tren que lo conducía hacia ella.

Volvió a sentirlo en el estómago, la angustia de la felicidad. Por muy duros que fueran aquellos caminos de acero, valía la pena recorrerlos si ella espera al otro lado.

Y entonces supo que mientras durara el viaje, nunca estaría perdido. Las mayores distancias, incluso las que separan a dos personas, se recorren paso a paso, estación a estación. Los lugares más remotos parecen cercanos cuando la persona adecuada te enseña a medir la vida en momentos.